

tuna. ¡Quiera el cielo propicio concederle ambos dones en breve término, ya que tan merecedora es de ello la noble cuna del poderoso reino de Castilla!

Sin duda, lector, habrá producido en tu ánimo fatiga la rápida excursión á que te hemos convidado en las precedentes páginas, y á veces, habrás hallado en ellas demasiado detenimiento, como habrás echado de menos también ciertos detalles de las últimas épocas; pero debes ser benigno para con nosotros, porque si bien es verdad que debimos tratar con el desarrollo y la extensión propios estas materias historiales, ni consentiría tu paciencia la reproducción de noticias conocidas de ti y consignadas en todas partes, ni á nosotros nos ha sido dado prescindir de acontecimientos, de épocas y de personajes que imprimen sello en la historia particular de Burgos, cuyo aspecto y cuya fisonomía monumental y artística pasamos á estudiar en los capítulos siguientes.



CAPÍTULO XII

Aspecto general de Burgos. — Consideraciones acerca del mismo

DESDE el momento en que, á las primeras luces de la mañana y envuelta aún como en flotantes gasas en el azulado tinte de la aurora, se divisa la campiña de la ciudad de Burgos por donde cruza el ferro-carril en dirección de O. á E., muéstrase á los ojos del viajero risueña y graciosamente agrupada la población al pie de alta colina, cerrado por todas partes el límite de su horizonte con las ondulaciones y accidentadas lejanías de aquellos montes confusos, de hondos y oscuros senos y crestas no bien determinadas á tales horas, las cuales, apartándose de la Cordillera Ibérica cual ramas surgidas y alimentadas por el mismo tronco, van con vario é irregular movimiento á morir luego en las planicies del SO. de la provincia, que fecunda el Duero,

no sin producir hermosos y pintorescos valles, que riegan frecuentes cursos de agua, deliciosas perspectivas y todo el lujo en fin de aquel suelo desigual que en sus repliegues y contracciones guarda tantas memorias y tantas maravillas de los tiempos medios. Ocupando la parte casi central de la provincia á que da nombre, situada á los 42°, 20' y 28" de latitud N., 0°, 1', 6" de longitud O. en arco, y regada por el Pico, el Jimeno y el Arlanzón, cuyo tortuoso cauce sombrea espesas y frondosas arboledas, presenta Burgos el conjunto accidentado de su caserío, velado todavía por la niebla, como una masa informe é indeterminada, sobre la cual descuellan erguidas, con sus gallardos contornos, las caladas torres de la suntuosa catedral, que semejan con sus laboreados y agudos ápices penetrar en el seno de las nubes, donde desaparecen y se ocultan.

Campos que cubren las doradas mieses á uno y otro lado de la vía férrea y esmaltan con vivo colorido la rojiza amapola, el verde helecho y esas mil manifestaciones en suma de la exuberancia vital de la tierra en los países meridionales, matizando con varia y alegre entonación nuestras campiñas; tierras abandonadas, donde crecen en libertad y con toda holgura las silvestres hierbas; barbechos removidos, que parecen oscuras manchas al lado y en medio de aquel vistoso mar de espigas que conmueve y ondula como oleaje de oro la brisa matinal; estrechos senderos que trazan profundos surcos á través de las tostadas mieses, y por los cuales discurre de vez en cuando algún que otro campesino marchando á sus faenas cotidianas; caminos que se cruzan, se enredan y se pierden á modo de reptiles sobre aquella alfombra exuberante y que sombrea de trecho en trecho, como fatigados, algunos árboles polvorientos; grupos de acacias y de álamos, que destacan sus desiguales siluetas, verdegueantes á los primeros rayos del sol naciente, sobre terrosas tapias y rojizos tejados, semejantes á inesperados y risueños oasis... todo esto es lo que al correr de la locomotora, con quintas de recreo y alguna que otra fábrica, ofrece el

panorama de Burgos, después de haber cruzado aquellos extensos y apiñados pinares de las provincias de Ávila y de Valladolid, que producen desde el fondo de los coches el efecto mágico de un ejército numeroso evolucionando rápidamente y al compás del vapor, en atropellada marcha, para permanecer después en actitud inmóvil y en correcta formación á la izquierda del camino.

Aquella tierra que, en su despertar, se brinda al viajero húmeda con el rocío de la aurora, solitaria, estremecida al agudo grito de la locomotora, que se pierde en los espacios, repartida en trozos desiguales, coronada de espigas unas veces, labrada otras en iguales y paralelos surcos que giran en torno de la vía, y abandonada no pocas, amasada está con la sangre de nuestros mayores y quién sabe los misterios que encierra en su fecundo seno de las edades que pasaron y no han dejado en pos de sí, en aquella zona, memoria alguna de su existencia y de su nombre! Quién sabe los horrores que en el panorama, risueño y agradable que se extiende á la vista, habrán con efecto sucedido en el proceso de los siglos cuando, comarca fronteriza, era el valle del Arlanzón invadido por los musulmanes, destruído piedra á piedra su enhiesto castillo en 865, y en pos de la repoblación definitiva de Diego Rodríguez Porcellos diez y nueve años adelante, Abd-er-Rahmán III, el terrible Califa de Córdoba, asolaba su tierra y saqueaba la ciudad impunemente! En cuántas ocasiones contemplaría Fernán González este mismo panorama, tan distinto entonces, y qué espectáculo no presentarían aquellos campos, hoy solitarios y tranquilos, cuando en tumultuoso concierto los leales burgaleses tomaban enardecidos el camino de la corte de León, para exigir la libertad del Conde, vencido y aprisionado por Ramiro II! Cuántas veces fueron hollados por la mesnada burgalesa victoriosa de los islamitas, y con cuánto regocijo no se sentirían movidos al eco de los triunfos de sus guerreros moradores!

Por ellos discurría el héroe de la Reconquista cristiana, gloria de Burgos y de Castilla, honor de España entera, Rodrigo

Díaz de Vivar, cuando desterrado segunda vez por Alfonso VI, aquella ciudad le cerraba las puertas de su propia morada, no sin que, como dice el *Poema*:

Burgueses y burguesas | por las finiestras son,
 plorando de los oios, | tanto avien el dolor;
 de sus bocas todos | dician una raçon:
 — Dios! Qué buen vasalo | si oviese buen señor!

Por ellos también, y al abrigo de la fortaleza, cuyas ruinas hoy apenas se descubren detrás de los chapiteles de la iglesia mayor de Santa María, extendíanse devastadoras las huestes de Alfonso I *el Batallador* en el siglo XII, apoderadas de la ciudad, enriqueciéndola en el siguiente Alfonso VIII de Castilla, el vencedor del Muradal, con el *Monasterio de las Huelgas* y el *Hospital del Rey* á la margen derecha del Arlanzón y al SO. de Burgos; por ellos también y en actitud rebelde discurrían los nobles castellanos contra el décimo Alfonso, y cuán lucida tropa no pasaría por tales sitios en las coronaciones de Alfonso XI y de Enrique II, borrando otros cuadros que á la imaginación acuden de semejantes tiempos! Allí también, fugitivas y deshechas, corrían en 1808 las reliquias del ejército español, cuando el desastre de Gamonal, y hasta allí en los vaivenes de la sangrienta lucha que, reverdecida por desventura en nuestros tiempos, afligió á España durante la primera mitad de la actual centuria, llegaron las partidas de Merino y sus secuaces, causando asombro, inquietud y pena á los burgaleses.

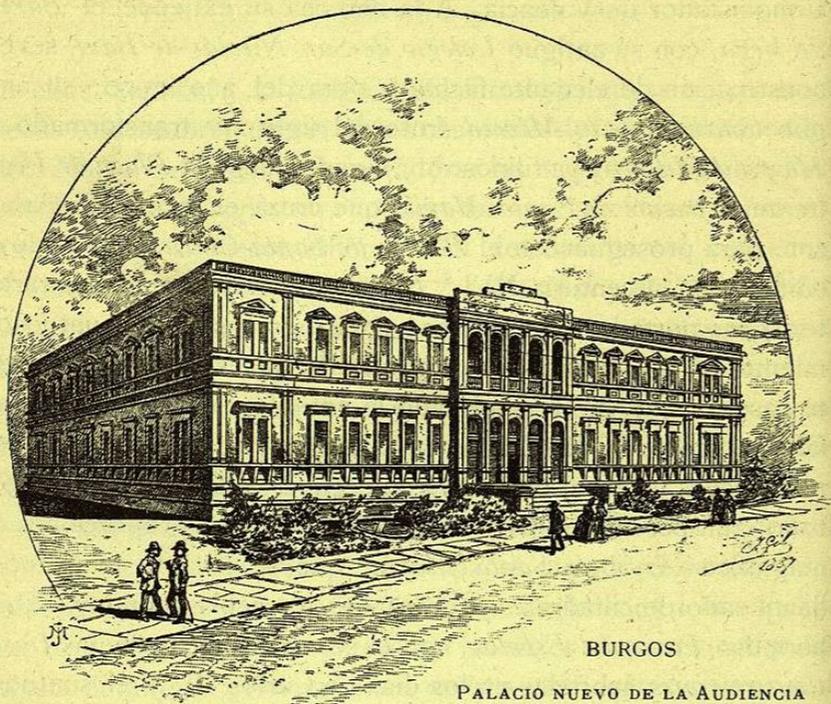
Qué de recuerdos se despiertan, con verdad, al distinguir el panorama de Burgos, y cómo palpita el corazón estremecido, creyendo que aquella población, cabeza de Castilla y cámara de sus reyes, guarda, como respecto de la imperial Toledo dice el insigne Zorrilla, «cada torre una conseja.» Después, cuando desde el mezquino edificio de la Estación del ferro-carril se sigue en sentido contrario el curso del Arlanzón, cuán vistosa es la perspectiva con que brinda en una y otra margen la ciudad de

Diego Porcellos, y cómo á pesar de las modernas construcciones que regularizan y hermocean en parte la ribera, la acalorada imaginación se forja en sus dominios excepcionales quimeras y espectros de singular encanto, al respirar ya dentro de aquel recinto el ambiente saturado con la memoria de las dos grandes figuras de los tiempos medios en Castilla: Fernán González y el Conquistador de Valencia. Á la derecha se extiende el *Barrio de Vega*, con su antiguo *Colegio de San Nicolás de Bari*, severa construcción de elegante fachada, obra del año 1570; su antiguo *Convento de la Merced*, fruto del siglo XIV transformado en *Hospital Militar* y ya ruinoso (1); síguese luego la *Plaza de Vega*, frente al *punte de Santa María*, que cruza el lecho del Arlanzón, para proseguir con el *Barrio de Santa Clara*, esmaltado de edificios de la centuria XVI.^a, con su señorial aspecto, sus características portadas, sus anchos zaguanes y sus patios suntuosos, mientras á la izquierda, al otro lado del río, se descubre reciente caserío que ha reemplazado la antigua cintura de murallas, fábricas, como la del palacio de la *Audiencia*, rodeado de jardines, paseos como el de *la Isla* que toma allí principio y sobre todo, aun perdida en parte la gallardía de sus proporciones, el magnífico *Arco de Santa María*, que se levanta majestuoso flanqueado de cilíndricas y almenadas torrecillas, continuando el hermoso *Paseo del Espolón*, con el severo edificio de las *Casas Consistoriales*, labradas en los días de Carlos III, y el suntuoso *Palacio de la Diputación Provincial*, construído en nuestros días lo mismo que el *Teatro*, que se levanta aislado al extremo oriental del *Espolón*, inmediatos uno y otro edificio al moderno *punte de San Pablo*.

La perspectiva pues, que ofrece la ciudad de Burgos para el

(1) Tal sucedía en 1886, cuando escribíamos estas líneas; abandonado en la actualidad, va en breve á procederse á su venta por el Estado y á su demolición inmediata, en la cual perecerá sin duda el hermoso rosetón que engalana al exterior el templo.

viajero que por vez primera la visita, no puede en realidad ser ni más agradable ni más lisonjera, cuando el cielo se muestra despejado y azul y el sol irradia esplendoroso, jugueteando y quebrándose entre los calados de los vetustos edificios que se distinguen en la ribera, á uno y otro lado; en el mísero caudal



del Arlanzón, cuyo cauce forma singulares y raquíticos islotes; en los cristales del moderno caserío y en las copas de los árboles, ordenados y frondosos, que sombrean la antigua glera, solitaria y abandonada en otros tiempos y hoy llena de animación y de vida. De área irregular, que puede con algunos arrabales ó suburbios reducirse á un cuadrilátero bastante prolongado, la ciudad, tendida al pie del cerro del castillo, cual buscando todavía y como por instinto la protección de aquella fortaleza que fué su amparo, ocupa el valle que fecundan el Jimeno, el Pico y el Ar-

lanzón, y sigue generalmente en su desarrollo el movimiento de este río, dilatándose á ambas orillas del mismo aunque en distintas proporciones, no sin que se cuenten de E. á O., ó sea desde el camino de Francia al *Molino llamado de los Capellanes de las Huelgas* muy cerca de tres kilómetros; así como la mitad desde el mencionado cerro del Castillo á los alfares establecidos en la Carretera de Madrid, en la dirección de N. á Mediodía. Llana en toda la parte inmediata á una y otra orilla del río, adviértese en la de la derecha del mismo que á poco trecho las ondulaciones del terreno comienzan en dirección del castillo á insinuarse, haciéndose cada vez más sensibles y acentuadas, y que precisamente en este trozo de la ciudad es donde se encuentra el mayor número de sus más antiguos monumentos, acreditando así que la primitiva población, defendida y resguardada por fuerte muro, en varias ocasiones reconstruido, se extendía desde la falda misma del mencionado propugnáculo hasta cerca de la Catedral, en una línea cuya curvatura parecen señalar todavía de O. á E. los declives que, con varia pero siempre accidentada inclinación, bajan desde la interesante *Puerta de San Esteban*.

Penetrando en Burgos por el suntuoso *Arco de Santa María*, labrado en los días del Emperador Carlos de Gante y en cuya bóveda viven todavía, como en otras muchas construcciones de la ciudad y de la provincia, las tradiciones del arte de construir en los tiempos anteriores, mientras por el frente se abre la estrecha *calle de la Lencería*, donde tuvieron sus moradas los mercaderes de sedas y de paños, para terminar en la *Plaza de Santa María*, espáciase á la derecha, con muy pequeño jardín en el centro, la *del Sarmental*, notable en la historia burgalesa por más de un título hasta en la edad presente, y cuyo costado del N. forman en distintos planos, el *Palacio Arzobispal*, con su ojival aunque humilde portada, su aspecto de fortaleza y sus denegridos muros y la fachada meridional del maravilloso templo con que Burgos se enorgullece. En aquel edificio,

tantas veces reparado hasta los días actuales, de aspecto sombrío, que desdice de la majestad que respira la soberbia Catedral á que se halla incorporado, como excrescencia surgida para afeár la hermosura de la gallarda creación artística que á su lado se ostenta, ¡cuántas veces hubieron de hacer posada los reyes de Castilla! Quizás en el mismo zaguán que hoy mira con indiferencia el viajero, porque nada hay en él que su atención despierte, recibió ejemplar castigo por orden de Pedro I el ambicioso Garcí Laso de la Vega; y aquella *Plaza*, hoy tranquila, cerrada por el lienzo de casas que intestando en el *Arco de Santa María* interrumpen el área del antiguo recinto, puesta en comunicación con lo que fué la *glera* (1) ó arenal, la ribera que lleva el nombre de *el Espolón*, qué espectáculo no ofrecería, cuando para obsequiar al soberano, nacido en Burgos, bautizado acaso en la pila de la *Capilla de Santa Tecla*, y que visitaba por vez primera entonces como rey aquella ciudad, corrían en ella toros los regocijados burgaleses, mientras el cadáver ensangrentado del poderoso magnate permanecía abandonado en tierra y las bravas reses le escarnecían pisoteándole!

Cuán lucido sería el cortejo que llenaba su ámbito, cuando Alfonso XI se coronaba solemnemente en las *Huelgas*, y qué peregrino sin duda el cuadro que presentaría al jugar allí bohordos y levantar tablados los noveles caballeros á quienes armaba el nieto de doña María de Molina en ocasión tan jubilosa! Por aquella *Plaza*, que cedía Alfonso X á la iglesia de Burgos, cubierto de todas armas como para un combate, ya eclipsada su estrella, pasó el gran Condestable de Castilla don Álvaro de Luna, cuando por orden de don Juan II era trasladado á Valladolid para recibir en el patíbulo afrentosa muerte; allí resonaron

(1) Con la discreción acostumbrada, el Sr. D. Angel de los Ríos y Ríos, afirma respecto de esta palabra: «*lera* decimos aún en la Montaña estos pedregales de la orilla de los ríos; y la voz primitiva castellana debió ser *agualera*, de donde *eglera* y *glera*, que se hallan en varios documentos.» (*Exact. hist. y geográf. del Poema del Cid*, *Revista de Esp.*, t. LXXII, pág. 73).

en los primeros días del reinado de Carlos I los gritos de la muchedumbre clamando contra los extranjeros, y allí también en tropel tumultuoso, con saña incomparable y no creíble era arrasrado por último en 1869 el cadáver, ya deforme, del gobernador Castro, asesinado sin piedad casi en la misma iglesia! Qué de recuerdos pues, evoca la *Plaza del Sarmental* y cómo se agolpan á la memoria episodios de la historia de Burgos al contemplarla! Acalorada la imaginación del viajero, y retrotrayendo edades, ya pasadas, reponiendo la primitiva entrada á que sustituyó en el segundo tercio de la XVI.^a centuria el *Arco de Santa María*, borrando cuanto el sucesivo é incansable laborar de las generaciones ha creado para trocar el aspecto de la ciudad y embellecerlo, creará todavía presenciar aquellas escenas que se desarrollaron en el recinto de la antigua *Plaza* y aún juzgará que los muros del *Palacio* guardan, como en otros tiempos, la persona de los soberanos de Castilla, con todo el esplendor propio entonces de la realeza.

Poco más allá, puesta en comunicación con la ribera por el llamado *Arco del Consistorio*, está la *Plaza Mayor*, formando irregular pentágono, con sus soportales característicos, la casa de Ayuntamiento al frente, y la estatua de Carlos III en el centro, indicando ser aquella, la parte llana de la población, la ciudad moderna, donde no existe nada que por acaso recuerde los azarosos tiempos medios, tan llenos de glorias y de encantos; parte llana, con calles espaciosas como la *de la Paloma* y la *de Lain Calvo* y caserío regular y agradable, que hermozeando la ciudad, sobre todo por la *calle de Vitoria* y la *Isla*, hace de Burgos no la creación de la Reconquista, sino la del presente siglo, transformando en absoluto su aspecto, hasta el punto de que aparezca como otra población distinta. Y sin embargo, en el tráfigo, en el movimiento incesante de reconstrucciones que ha sufrido la patria de Fernán González, en aquella parte llana existe todavía, como señal y muestra expresiva de la ciudad de la Edad-media, un monumento digno del general respeto, que por